

“Misericordia y progreso”

Palabras de Carlos Delgado Pereira en la reunión de presentación del libro “Misericordia y progreso”, del doctor Hernán Echavarría Olózaga, el día 8 de octubre del presente año, en la ciudad de Bogotá.

Nos congregan hoy, como otras veces, esos sentimientos de amistad, admiración y gratitud, que con tanto fundamento y de modo tan espontáneo, limpio y franco, sabe inspirar Don Hernán Echavarría. El pretexto, desde luego muy importante, válido y meritorio, es la aparición de su último libro, “Misericordia y progreso”, al que me referiré más adelante. Pero la razón verdadera es la de que queremos congratularnos, una vez más, por tener el privilegio de contar entre nosotros a un ejemplar humano de tan altas ejecutorias.

Un hombre que realmente es paradigma de conductas. Entregado desde su más temprana juventud a la búsqueda del conocimiento eficaz; a la creación de empresas útiles; al servicio público prestado de la manera más pulcra y eficiente; a la transmisión del saber con un don peculiarísimo de claridad pedagógica; a la práctica de las más claras virtudes, Don Hernán Echavarría sigue, con 86 años a cuestas, dando el más alto ejemplo de vida:

Librando las batallas que otros no se atreven siquiera plantear; empuñando las banderas que otros han dejado caer o no han sido capaces de alzar; exponiendo y explicando, con una persistencia y

claridad asombrosas, tesis y propuestas que, si fueran comprendidas y entendidas, nos sacarían muy pronto de la postración en que estamos, pero que a esos otros les dan miedo, porque —literalmente— podrían moverles la tierra debajo de sus pies.

Denunciando y atacando la corrupción imperante; promoviendo de mil maneras el bien común y el rescate de lo que aún puede salvarse, Don Hernán es la encarnación más evidente del procer civil, que no fue escaso en las grandes épocas de la República, pero que, en los descaecidos tiempos que vivimos, es cada vez más raro y, por lo tanto, más desesperadamente necesario.

Hace ya más de cuarenta años que apareció su primer libro, *El sentido común de la economía colombiana*, un excelente manual, en el mejor sentido de la palabra, que sirvió y sigue sirviendo para alfabetizar en la materia a quien quiera leerlo; y que si los colombianos que entonces lo hicieron, lo hubieran asimilado mejor, nos habrían ahorrado muchas equivocaciones y desdichas. Casi cincuenta años durante los cuales Hernán Echavarría continuó escribiendo y

publicando, insistiendo en los temas fundamentales, sin encontrar, en este país de pretendidos intelectuales, profesionales y políticos, que se las dan de vivir al día, la resonancia y la respuesta que debió haber logrado y recibido, otra fuera nuestra suerte si hubiera ocurrido así.

En este su penúltimo libro, siempre es el penúltimo, que empieza con una cita centenaria de Don José María Samper sobre las causas de nuestro atraso social y económico, vuelve sobre el tema y se hace eco de la tesis del profesor North, Premio Nobel de Economía en 1995, sobre la forma como las instituciones determinan el buen o mal desempeño económico de las naciones y, como dice Rudolf Hommes en el comentario que aparece en la contraportada: "Hace un descarnado análisis de la situación actual de la economía y concluye que es una vergüenza que un país como Colombia, con su amplitud de recursos naturales, con el nivel de impuestos que tiene y con los años de democracia que lleva, continúe mostrando los niveles de pobreza y marginalidad que se observan en un elevado porcentaje de su población. Considera que esta situación no es sostenible porque la miseria no puede convivir indefinidamente al lado de la opulencia, sin causar grandes tensiones políticas y sociales que lleven inexorablemente al derrumbamiento del sistema de organización de la sociedad existente".

Pero, con características de discreción, el autor dice al principio del libro que él "solo intenta analizar los problemas de nuestras instituciones, lo que ellas pueden estar contribuyendo al estancamiento económico actual del proceso de desarrollo".

Porque ya en muchos otros libros se había ocupado de los demás temas: de los problemas éticos y morales, del de la tenencia de la tierra, del de la distribución del ingreso, del de la creación del empleo y, en fin, del problema de la ignorancia de la macroeconomía por parte de los pseudo-dirigentes políticos; su vida ha sido un continuo insistir en la difusión de unas verdades que convenientemente no quieren aceptar esos pseudo-dirigentes, un insistir en que se aplique el sentido común a nuestros comunes problemas, ese sentido común que al decir del refrán conocido, es el menos común de los sentidos.

Y en medio de ese insistir, encontró tiempo y energías para sostener y crear empresas que dan ejemplo y sustento a millares de compatriotas, y para servir a la nación, con distinción y competencia incomparables, en todos los cargos que le confiaron presidentes de la talla del viejo López o de los dos Lleras, ya fuera como ministro, como embajador ante la Casa Blanca, o como presidente de la Primera Comisión de Valores. Y ahí sigue, orientando el Instituto de Ciencia Política, encabezando la comisión para el

mejoramiento de la justicia, los movimientos contra la corrupción, las fundaciones que enseñan y ayudan a los colombianos a salir de la pobreza y de la ignorancia, la pelea cotidiana por una existencia colectiva menos oprobiosa, menos indignamente resignada, más cargada de esperanza, más altanamente orientada hacia un mejor futuro.

Por todo lo cual estamos aquí, en su casa de gran patricio, expresándole otra vez nuestra gratitud por ser todo eso, ese admirable agregado de calidades y virtudes, en un país del que parecen haberse ausentado todas las que en otros tiempos pudieron habernos distinguido; y por haber hecho todo lo que ha hecho; y por seguir haciéndolo, por seguir dando ejemplo de vida fecunda en un país del que parece que se estuviera yendo toda la vida, por lo menos la digna, la que merece ser vivida, víctima como es de una septicemia moral sin precedentes, y de la contumacia de la muerte, omnipresente e incesante.

Hemos vuelto aquí, a su casa de gran señor, a repetirle, como hermosamente se lo dijera un amigo común en un mensaje recibido durante el homenaje que la sociedad colombiana le rindió hace unos meses: "Doctor Echavarría, usted lo reconcilia a uno con la vida y con lo que nos queda de patria".

Muchas gracias,

Carlos Delgado